

## Powell Fox, Rosalinda

¿Calcuta?, 1908 - Sotogrande, Cádiz, 2004

Aventurera miembro de los servicios de información británicos, cerca del general Sanjurjo y, tras su muerte, de Juan Beigbeder. Expulsada de España, regresó en los años cincuenta, siendo precursora de las colonias turísticas británicas en la Costa del Sol.

Si antes de 2009 se hubiese tratado de hacer un diccionario biográfico de actores relevantes en la historia del Protectorado español en Marruecos, el nombre de Rosalinda Powell Fox no estaría incluido. El sorprendente éxito de la novela de María Dueñas (ver biografía) *El tiempo entre costuras* ha hecho que, en este momento, esta británica de vida misteriosa resulte un personaje imprescindible en cualquier repertorio de figuras destacadas en el Marruecos español.

Pocas fuentes hay para una biografía exhaustiva del personaje. Por el momento, en los archivos británicos no hay información accesible sobre Mrs. Rosalinda Powell Fox, si es que este era su verdadero nombre y no tan solo un alias ficticio para encubrir sus actividades de espía, porque sobre esta última cuestión caben pocas dudas.

Su autobiografía novelada *The Grass and the Asphalt*, la fuente de inspiración a partir de la cual María Dueñas ha diseñado los personajes de Juan Beigbeder y el de la propia Rosalinda, no deja de ser una obra de ficción. Es cierto que incluye algunas interesantes referencias históricas, pero en ningún momento fija fechas e incluye pasajes que no resisten la comparación con los datos históricos reales.

No hay que olvidar que Rosalinda redactó el texto cuando era una anciana de avanzada edad, muchos años después de lo narrado, y que en estas condiciones los errores históricos, voluntarios o no, son muy probables.

En todo caso, hoy por hoy, *The Grass and the Asphalt* resulta ser la única obra con información sobre el personaje, por lo que hay que aceptar todos aquellos aspectos que no sean desmentidos por la historia.

De acuerdo a estas premisas, hay que dar por bueno que Rosalinda nació en una de esas familias tan típicas en el Imperio británico que, en la primera mitad del siglo XX, vivían a caballo entre la metrópoli y las colonias. Su padre, ingeniero que había trabajado en la India, antes de volver a Inglaterra casó a Rosalinda, quien tan solo tenía dieciséis años, con un acaudalado comerciante con negocios en esa gran colonia. Al poco tiempo, Rosalinda, a través de la vaca que proporcionaba un suministro regular de leche para su hijo Johnny, enfermó de tuberculosis bovina. Curiosamente, en su libro no aclara si también su hijo contrajo la enfermedad, algo que hubiese sido lo lógico al beber leche del mismo animal.

En todo caso, su marido decidió prescindir de una esposa que le había dado tan mal resultado, por lo que la envió a Inglaterra con su hijo. Esta enfermedad y el consejo médico de que le convenían los climas secos y cálidos es la justificación por la que Rosalinda aparece en Portugal, concretamente en Estoril, momento en el que a través de Carmen, la joven esposa del exilado Sanjurjo, se introduce en el círculo de amistades del general.

Sanjurjo había sido el promotor del fallido intento de sublevación de agosto de 1932 y tras su liberación por la Ley de Amnistía de abril de 1934 se exilió en Estoril. Desde allí continuó siendo el aglutinador de todos los movimientos militares antirrepublicanos.

No es extraño que los servicios de inteligencia exterior británicos, el MI6, «plantase» cerca de Sanjurjo una «antena» que le proporcionase información sobre las actividades y planes del exilado general. Es necesario recordar que los intereses económicos británicos en España superaban en mucho a los de los demás países. Las minas de Riotinto, la Constructora Naval, el Ferrocarril Santander-Mediterráneo, la Barcelona Traction y muchas otras empresas de propiedad británica quedarían en riesgo en caso de que un Gobierno del Frente Popular procediese a la nacionalización de estos sectores de interés estratégico nacional.

Sin duda Rosalinda fue esa «antena» cerca de Sanjurjo. Sin embargo no es aceptable su narración de que conoció a Beigbeder en Berlín, al coincidir en las Olimpiadas de Invierno de 1936. Beigbeder había dejado de ser agregado en Berlín en noviembre de 1934. En el mes de febrero de 1936, fecha de celebración de las Olimpiadas de Invierno, estaba destinado como interventor regional de Gomara, en la ciudad de Xauen. Por otra parte, esas olimpiadas se celebraron entre el 6 y el 16 de febrero, antes de que en España se celebrasen las elecciones que dieron el triunfo al Frente Popular, lo que decidió a actuar a los organizadores del golpe de julio de ese año. Finalmente, la presencia de Sanjurjo en Alemania para contactar con los fabricantes de armamento, tal como expone Rosalinda, resulta ilógica. Sanjurjo era vigilado y seguido por la policía española. Un viaje como ese no habría pasado desapercibido, tanto para la policía como para los corresponsales españoles en Berlín. En resumen, este pasaje de su novela parece ser un «último servicio» de la agente Rosalinda para inculpar a Alemania de un apoyo previo al golpe del 18 de julio. Así aleja las sospechas de Gran Bretaña, país que tuvo en la preparación de la sublevación unas actividades cuando menos sospechosas y que, sin duda, desde el punto de vista económico era la principal beneficiaria del golpe militar.

Tras la muerte de Sanjurjo en julio de 1936, Rosalinda queda sin tarea y «sorprendentemente» aparece en Tetuán en fecha indeterminada. En su texto nos dice que Beigbeder era ya alto comisario. Beigbeder asumió el cargo de alto comisario en funciones en diciembre de 1936 y como titular en marzo del año siguiente. De todos modos, la primera referencia en *The Grass and the Asphalt* sobre una actividad identificable históricamente son los preparativos franceses para una posible invasión de la zona española en la primavera de 1938.

La pretensión de Rosalinda de que gracias a ella Beigbeder pudo verificar esos preparativos es cuando menos pretenciosa. Beigbeder disponía en ambas zonas de Marruecos de un eficaz servicio de información, «el círculo treinta», en el que se encuadraban marroquíes, españoles e incluso franceses, muchos de ellos funcionarios civiles o militares de ideología derechista.

Beigbeder era un hombre sumamente inteligente y a la vez desgraciado a causa de su matrimonio con una mujer cuyo comportamiento cuando menos era excéntrico, si no totalmente demente. Sin duda pensó obtener una doble utilidad de la presencia de la espía británica en Marruecos.

Por una parte, para satisfacer sus necesidades personales la convirtió, de forma más o menos pública, en su amante, lo que en el Protectorado de la época era escandaloso, pero no demasiado. Uno de los subordinados de Beigbeder, el teniente coronel Bermejo, interventor regional en Nador, convivía en las mismas condiciones con una americana que más adelante sería su esposa y no era el único caso, ni entre civiles ni entre militares.

Por otra, y esta era sin duda la razón fundamental para Beigbeder, permitió a Rosalinda recorrer el Protectorado español, para lo que le proporcionó un vehículo y una autorización que le abría todas las puertas.

Entre las condiciones del tratado de noviembre de 1912 entre España y Francia, por el que España recibía una zona de influencia en Marruecos, se especificaba que ninguno de los dos países podía albergar tropas de una tercera potencia en el territorio de Marruecos.

En la primavera de 1938, con la crisis de los Sudetes agitando todas las cancillerías, la presencia de alemanes o italianos en el Marruecos español habría justificado una invasión desde el Protectorado francés. En esas fechas, como ya lo habían hecho en enero de 1937, la prensa de la República española y la francesa de izquierdas publicaban numerosas informaciones sobre actividades de alemanes e italianos en Marruecos. Todas eran falsas. En el Marruecos español tan solo actuaban los equipos italianos de la línea aérea civil de Air Litoria (la antecesora de Alitalia), que cubría la línea Roma-Melilla-Tetuán-Sevilla, y un reducido número de profesores alemanes en las academias de oficiales provisionales de Xauen y Dar Riffien.

Beigbeder sabía que los franceses no actuarían contra el Protectorado español sin la aprobación y el apoyo británicos. La mejor manera de vetar este apoyo era que un agente de la inteligencia británica escudriñase «a sus anchas» la zona española para verificar que allí no había alemanes ni italianos. Rosalinda, sin saberlo, le hizo a Beigbeder ese trabajo.

La libertad de movimientos de la británica sí escandalizó a algunos de los servicios de información (ejército, Falange, policía, etc.) que se superponían en el Protectorado, llegando sus avisos hasta el mismo Franco. A principios de noviembre de 1938, Beigbeder fue llamado a Burgos, para explicarse con Franco sobre sus relaciones con la «espía del Intelligence Service». Las explicaciones debieron de ser convincentes, toda vez que Beigbeder no solo no fue depuesto como alto comisario sino que antes de un año fue nombrado ministro de Exteriores. Al parecer el pragmatismo de Franco prevaleció sobre su pretendida mojigatería.

Cuando en agosto de 1939 Beigbeder fue nombrado ministro de Exteriores se trasladó a España, primero a San Sebastián y luego a Madrid, a donde le siguió Rosalinda.

Durante su estancia en Madrid, Rosalinda creyó influir sobre la actuación de Beigbeder. Nada más lejos de la realidad. En los primeros meses de la guerra mundial, la actuación del ministro de Exteriores fue proalemana, llegando a dar su aprobación al repostaje de submarinos alemanes en puertos españoles, autorización que luego Franco matizaría y limitaría. Su cambio hacía una línea probritánica fue consecuencia de su enfrentamiento personal con el marcadamente pro Eje Serrano Súñer y de su convencimiento, compartido por el ministro de Industria y Comercio, Alarcón de la Lastra, otro militar, de la necesidad para la depauperada economía española de recibir préstamos y establecer acuerdos comerciales con Gran Bretaña.

Su cambio final de postura vendría cuando, en junio de 1940, Peterson, el embajador británico, un estirado funcionario que en España no despertó simpatías en nadie, fue sustituido por Samuel Hoare, con quien estableció una estrecha amistad. A pesar de esta buena relación, Beigbeder ordenó que los diplomáticos españoles en el Reino Unido informasen sobre los efectos morales y materiales de los bombardeos alemanes, información que se pasaba a la Embajada alemana en Madrid.

En octubre de 1940, a la vuelta de su viaje a Alemania, Serrano Súñer informó a Franco de que los alemanes desconfiaban de Beigbeder. Franco, que el día antes había despachado con Beigbeder sin más particularidad, le cesó el mismo día, enterándose este por la prensa.

Caído en desgracia Beigbeder, la presencia en España de Rosalinda era superflua. De Madrid volvió a Portugal, donde siguió actuando para los servicios británicos, verificando la

identidad real de los numerosos refugiados europeos que a través de España llegaban a Portugal con el propósito de pasar al Reino Unido o a América. Con buen criterio, los servicios británicos temían que en medio de esas abigarradas muchedumbres se infiltrasen agentes alemanes.

Aún volvieron a cruzarse los caminos de Rosalinda y Beigbeder. En febrero de 1943 este último fue enviado en comisión militar a los Estados Unidos. La finalidad y propósitos de Franco para enviar esta comisión son discutibles, pero lo que es indudable es que alertó a los demás Gobiernos, enemigos o aliados. Rosalinda nos cuenta en su libro de su encuentro con Beigbeder en Lisboa, desde donde este tomó el *clipper* para volar a Estados Unidos.

Nuevamente los servicios británicos recurrieron a Rosalinda, quien fue enviada a Estados Unidos para encontrarse con Beigbeder. Este, en esos momentos, no daba abasto para atender a sus numerosas relaciones femeninas, por lo que no debió de mostrar excesivo interés por la presencia de la británica.

Rosalinda volvió a encontrar a Beigbeder en 1950, cuando según ella era «a broken man». Lo cierto es que la caída política de Beigbeder había tenido lugar en 1947, tras su implicación en los fallidos intentos de restauración monárquica. Moriría en 1957, disfrutando en sus horas bajas del apoyo moral y económico de muchos de sus amigos de los años «dorados».

Rosalinda se establecería en España, en Guadarranque, en la bahía de Algeciras, desde donde se contempla Gibraltar y la costa de Marruecos. Al parecer, Beigbeder medió con el Ministerio del Ejército para que se autorizase a Rosalinda la compra de la propiedad al encontrarse dentro de una «zona de interés para la defensa nacional».

Fallecería en 2004, en Guadarranque, a los noventa y seis años, todo un éxito para una enferma crónica. Años antes, en 1997, sus amigos de la zona habían publicado, en una edición limitada, su autobiografía novelada, donde nos daba su visión, sin duda idealizada, de la parte aventurera de su vida.

J. A. S.

#### Bibliografía

---

Powell Fox, Rosalinda, *The Grass and the Asphalt*, Sotogrande, J. S. Harter and Associates, 1997.